

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS



«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 17 Noviembre 1906.

Núm. 46.

Catequística.

(Continuación).

3.º—PRINCIPALES FIGURAS DEL REDENTOR EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

Entendemos por figura ó tipo ciertas cosas sensibles que son como imágenes ó representaciones de otras cosas más grandes y más sublimes. Y, cuando esa representación se encamina á hacernos sensible algo futuro y que sólo Dios puede conocer de antemano, se llaman figuras ó tipos proféticos.

Las personas, las cosas y los ministerios de la antigua Ley, además de su significación propia, tenían casi todas un sentido figurativo, bien del mismo Mesías, bien de sus obras, actos, ministerios y virtudes.

Suelen dividirse las figuras antiguas en personales y reales, según que encarnen en personas ó en cosas.

Tanto de las unas, como de las otras, las hay en grande abundancia; por eso no nos ocuparemos de todas, sinó sólo de las que nos parezcan más principales; y respecto de éstas haremos poco más que indicarlas, dejando á los lectores el hacer adecuada aplicación de ellas á Nuestro Señor Jesucristo.

Las principales figuras de las que hemos llamado personales, son estas: Adán, Abel, Noé, Melquisedec, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, Sansón, David, Salomón y Jonás.

Las figuras reales, son: El Arca de Noé, el cordero Pascual, el agua que brotó de la fuente con la herida de la vara de Moisés, el maná, la serpiente de bronce, el cabrito llamado emisario, y otras por este estilo.

Adán fué figura de Jesucristo, porque es el padre de todos los hombres, según la naturaleza, al modo que Jesucristo lo es según la gracia. Fué hecho el primer hombre en alma viviente, y el hombre segundo (Jesucristo) en espíritu vivificante, según nos lo dice el Apóstol (1). El primer hombre de la tierra, es terreno; y el segundo, que es del cielo, es celestial (2).

Abel, figura es muy viva de Jesucristo, porque, así como fué Abel asesinado injustamente por su hermano Caín, y éste, impulsado por la envidia, para cometer el fratricidio (3), así fué Jesucristo entregado á la muerte por la envidia de los judíos, hermanos suyos (4).

Noé, segundo padre del humano linaje, prefiguró á Jesucristo, en que, así como por mandato de Dios fabricó Noé su arca, en la cual se salvaron de la inundación del diluvio, el mismo Noé, su esposa y sus hijos, y todos los que en el arca no entraron, perecieron; así Jesucristo, por mandato de su eterno Padre, fundó la Iglesia, su esposa, arca divina y sola ella capaz de salvar de las aguas del diluvio de las pasiones á aquellos que quieran hacerse hijos suyos por el bautismo, y fuera de la cual todos inflexible y eternamente habrán de perecer (5).

Melquisedec, rey de Salem, figura fué de Jesucristo, porque apareció entre los hombres sin padre y sin madre conocidos, y sin saberse la época de su nacimiento, al modo que Jesucristo fué, en cuanto hombre, un hijo sin padre, y en cuanto Dios apareció al principio oculto ante los hombres y por su eterna generación es de origen incomprensible. Fué, además, Melquisedec sacerdote del Dios altísimo, y ofreció sacrificio de pan y vino, así como Jesús es sacerdote eterno, según ese orden de Melquisedec, que bajo las especies del pan y del vino, ofreció en sacrificio á su altísimo Padre su adorable humanidad, su cuerpo y su sangre preciosos (6).

Isaac, caminando voluntaria é inocentemente al sacrificio de su vida, y llevando la leña sobre sus hombros hasta la cumbre del monte en donde debía ser inmolado por su padre, figura fué,

(1) 1.^a Carta á los de Corinto, 15, 45.

(2) Carta á los Romanos, 5, 18 y 19.

(3) *Génesis*, 4, 8.

(4) San Mateo, 27, 18.

(5) *Génesis*, caps. 6.^o y 7.^o; y el *Silabo* de Pío IX, Props. 16 y 17.

(6) *Génesis*, 14, 18; Salmos, 109, 4, y Carta á los Hebreos, 5, 10, y 7, 17.

y figura muy tierna y muy apropiada de Jesucristo, ofreciéndose voluntariamente á morir por los hombres en cumplimiento de la voluntad de su eterno Padre, y llevando también hasta la cima del Calvario el madero de la cruz sobre sus hombros (1).

Jacob, padre de las doce Tribus de Israel, que habían de vencer á sus enemigos y formar el numeroso pueblo escogido, muy buena imagen fué de Jesucristo, padre espiritual de los doce Apóstoles, que del mundo debían triunfar con las armas de la fe y de la cruz, y establecer en toda la tierra el pacífico reinado del pueblo de Dios, cuyo reinado se había de completar en el cielo (2).

Pues *José*, vendido por sus hermanos, exportado á Egipto, y trabajando en favor de ellos, hasta el extremo de darles espléndidos convites y regalarles una fértil tierra en que habitar, bien clara figura es de Jesucristo, perseguido, prófugo en Egipto y vendido últimamente por treinta dineros; y todo ello para dar alimento á las almas y regalarles la tierra del cielo, donde eternamente puedan vivir los hermanos que le habían vendido. Esto es, todos los hombres, pues todos vendimos á Jesús por el pecado (3).

Moisés, como profeta y legislador, pero, muy especialmente, por ser libertador del pueblo hebreo, de la esclavitud de Egipto, y por guiarlo, alimentarlo é interceder por él en el desierto de la Arabia, relevante figura es de Jesucristo, sumo profeta y sumo legislador, y sobre todo sumo libertador del linaje humano de la esclavitud del Egipto de la temporal vida, en la cual es, á la par, alimento, camino, vida y luz que conduce á la prometida patria del cielo (4).

Por eso es también *Josué* una perfecta figura de nuestro Salvador; pues, al modo que él condujo al pueblo de Israel á la conquista, primero, y á la pacífica posesión, después, de la tierra de promisión, también Jesucristo, y de manera aun más perfecta, conduce á los predestinados á la patria verdadera de la gloria (5).

Sansón, por su asombrosa fuerza, por sus victorias contra los

(1) *Génesis*, 22, 2; y *San Juan*, 19, 17.

(2) *Génesis*, caps. 29 al 35.

(3) *Génesis*, caps. 37 al 47, y *San Lucas*, 22, 48.

(4) *Exodo*, todo él, y los Evangelios.

(5) *Josué*, todo él; *San Juan*, 10, 9, y en otros muchos lugares.

filisteos, y por la destrucción del templo de los ídolos, no cabe dudar que fué figura muy apropiada de Jesús, que es el León de Judá, el vencedor del mundo y el destructor de los templos de los gentiles (1).

El rey *David* fué el vencedor del gigante Goliat y el gran cantor de las glorias de Dios; en lo cual fué, entre otras muchas razones, representación típica de nuestro divino Salvador, que venció al infernal gigante, Lucifer, y que en todas sus obras no buscó sinó la gloria de su eterno Padre (2).

Jonás es, por último, una muy significativa figura personal de Jesucristo, especialmente en esto que nos interpreta el mismo Jesús, cuando dijo á los que le pedían un milagro del cielo. «Así como estuvo Jonás tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra. Además, Jonás fué enviado por Dios á predicar fuera de su patria; á Nínive, ciudad grande; y ésta se convirtió é hizo penitencia, movida por la predicación del profeta; y de igual manera fué Jesucristo enviado por su Padre fuera de su patria, que es el cielo, á predicar penitencia en la gran ciudad del mundo gentil; y este mundo, con afrenta de la perfidia judáica, ha hecho penitencia, movido por la predicación del Redentor (3).

(Continuará.)

Reflexiones sobre el Évangelió.

Dominica XXIV después de Pentecostés

(VI después de Epifanía)

«*Sine parabolis non loquebatur eis*», dice de Jesús el Evangelio de la presente Dominica, no acostumbraba el Divino Maestro á predicar su doctrina sino por medio de parábolas acomodadas al alcance de sus oyentes.

Después de haberles expuesto y explicado la del *sembrador* y

(1) *Libro de los Jueces*, caps. 13 al 16; *Apocalipsis*, 5, 5, y San Juan, 16, 33.

(2) *Libro 1.º de los Reyes*, cap. 17; Salmos de David; *Apocal.*; 20, 9, etc.

(3) *Libro de Jonás*, todo él; *Hechos de los Apóstoles*, id. id.

la de la *cizña*..., á fin de alentar á sus discípulos, algo sobreco-
gidos por ser tan pocos en número y tantos sus enemigos, les
propone otras dos parábolas: la del *grano de mostaza* y la de la
levadura; así como insinuándoles que la Iglesia naciente, tan pe-
queña en sus principios, crecería siempre progresivamente hasta
llenar toda la tierra.

Porque es el grano de mostaza muy pequeño; y sin embargo
nace, crece y se desarrolla de una manera tal, que en poco tiem-
po llega á alcanzar las dimensiones de un gran árbol, en cuyas
ramas vienen á buscar descanso y á fabricar sus nidos los paja-
ros: no de otro modo que el Evangelio ha extendido sus ramas
por los cuatro costados de la tierra, viniendo á anidarse en ellas
millares de almas santas, que con las alas de las virtudes se le-
vantán de las miserias y peligros de este mundo.

Y para recalcar más esta idea expone la parábola de la *leva-
dura*, que, puesta en tres medidas de harina, tiene virtud sufi-
ciente para esparcirse por todas ellas y hacer fermentar toda la
masa. Unánimes los sagrados intérpretes afirman que en esta le-
vadura está representada *la doctrina evangélica de Jesucristo*, que,
escondida al principio en un rincón de la Judea, se extendió en-
seguida por las tres partes del mundo conocido hasta llenar hoy
toda la tierra.

Pero los Santos y Maestros de la perfección ven además en
esa levadura simbolizada *la gracia de Dios*, que, derramada en
nuestros corazones, es la que ha de hacer fermentar ó dar calor
y vida á todas nuestras obras.

Y con razón; porque ¿cuáles son las propiedades y efectos de
la levadura?... Aunque pequeña, sin embargo, 1.º, con su *calor*
enciende toda la masa haciéndola fermentar hasta convertirla en
su substancia; 2.º, con su *ácido* la purifica, y 3.º, de insípida la
hace *sabrosa* para que resulte un pan nutritivo que alimente al
hombre y lo fortalezca.

He aquí exactamente lo que obra la gracia de Dios en nues-
tros corazones:

1.º Muy escondida allá en los repliegues de nuestra alma,
donde á cada momento la va Dios depositando, con frecuencia
permanece allí *oculta*, no sólo para los demás, sino á veces hasta
para nosotros mismos, que, distraídos en negocios temporales, no
advertimos los repetidos toques con que llama Dios á las puertas

de nuestro corazón. ¡Cuántas gracias se inutilizan así por falta de cuidado! ¡Cuántos esfuerzos de Dios resultan estériles por no cooperar nosotros á ellos! ¡Cuánta sangre de Jesucristo inútilmente derramada en nuestra alma!...

Si la levadura misma no produciría efecto alguno, aunque se la colocase en presencia de la masa, pero sin tocarla, ó dentro de ella, pero envuelta en un papel, ¿qué extraño es que se esterilicen los auxilios de la gracia si con nuestra cooperación no nos la asimilamos poniéndonos en su contacto, ó, al notar su presencia, no hacemos caso de ella, envolviéndola, diríamos, en el duro papel de nuestra tibieza, indiferencia ó menosprecio?... ¿Cómo esperar que entonces nos comunique ese ardor divino de que es tan fecunda por lo mismo que brota del volcán amoroso del Corazón de un Dios?... De aquí resulta que despreciando el pecador esas gracias, cada vez es más crudo el frío que hiela su alma; no fermenta ni se desarrolla con la fuerza expansiva de las buenas obras, hasta que por fin toda esa masa humana viene á corromperse... y muere.

Por el contrario: dadme un corazón que aprecie una gracia como es debido, que corresponda á ese primer llamamiento de Dios..., y, como unas gracias atraen otras mayores, del mismo modo que unas chispas, unidas á otras, producen el fuego, bien pronto ese corazón se irá caldeando, entrará en el período de la fermentación, y el fuego de la caridad divina y fraterna lo abrásará, despidiendo chispas de amor á Dios y de misericordia para con el prójimo. Bien pronto aquella chispita de gracia, en su principio pequeña, habrá encendido á todo el hombre en su llama, viviendo él en Dios y Dios en él, como decía el Apóstol: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.*

2.º Otra propiedad de la levadura consiste en purificar con su *ácido* toda la masa, preservándola de la corrupción. También la gracia derramada en nuestros corazones tiene á veces un saborillo algo ácido, que corroe, pero purifica. Algunas veces sentimos impulsos á una acción que nos mortifica, ó en el amor propio, si se trata de sufrir una humillación, ó en nuestros intereses, si se nos impone algún rasgo de generosidad ó desprendimiento, ó en nuestras comodidades, si se nos pide algún trabajo ó se nos priva de algún placer. Es el ácido de la gracia que nos quiere purificar. ¡Desgraciados si lo apartamos de nuestros labios

por no pasar por tal humillación, por no disminuir nuestros caudales, por no privarnos de ese placer!... Cuando veáis que alguien falta abiertamente á sus deberes, estad seguros que es por una de esas tres cosas, y ya podéis decir que ese tal rechaza de sí la levadura de la gracia, porque no le gusta su saborcillo ácido. Y faltándole el preservativo de la corrupción, ¿qué extraño será que viva más ó menos solapadamente encenagado en sus vicios?

3.º Finalmente, como la levadura, así la gracia hace sabrosa la masa de nuestro corazón, y por tanto nutritivas y de gran alimento todas nuestras obras: porque como el pan sin levadura es insípido, así las obras que dimanen de un corazón privado de la gracia, por lo menos son siempre insípidas y de ningún mérito ante Dios, cuando no sean venenosas también y mortíferas.

Al contrario, de un corazón que esté enamorado de Dios y ardiendo en su divina gracia, no brota ni un suspiro que no vaya purificado y rociado con celestial aroma; todos sus actos y movimientos son agradables á Dios, y á nosotros nos comunican aquellas energías propias de un varón robusto, dispuesto á luchar hasta morir, antes que perder ó manchar esa purísima estola de la gracia, que es la única que nos dará entrada en el reino de la gloria.



Explicación de las Virtudes.

(Conclusión).

De lo expuesto se deduce que todas las verdades reveladas, excedan ó no las fuerzas naturales de la razón, constituyen el objeto de nuestra fe. Ahora bien, ¿cuál es la norma ó ley que debe regirla y gobernarla? Siendo la fe absolutamente necesaria para alcanzar el fin á que estamos destinados, Dios, rico en misericordia, se ha dignado preparar y ofrecer á todos medios innumerables, facilísimos y abiertos á toda clase de personas y de entendimientos. Porque además de los auxilios de su gracia, que nunca faltan á quien se dispone á aprovecharse de ellos, ha establecido un medio siempre presente, siempre vivo, siempre poderoso y que se acomoda y adapta maravillosamente á todos los tiempos y á todos los lugares. Este medio es la Iglesia, autoridad viva, permanente, indefectible, señal levantada en medio de las

naciones, oráculo de sabiduría, cuya voz se extiende en todas las alturas y en todos los caminos. Fundada por el Hijo de Dios y enriquecida con los dones, privilegios y prerrogativas más excelentes, llevando siempre consigo el depósito de la doctrina, el encargo de propagarla y la indefectibilidad en su propagación y enseñanza, todos pueden conocer en ella la Maestra de la humanidad, la depositaria de las verdades que la bondad de Dios ha querido comunicar á los hombres, el intérprete de los divinos decretos, á quien pertenece el contrastar, aquilatar y dar su legítimo valor á los testimonios de la verdad revelada, en confirmación de los misterios que propone, de los dogmas que enseña, de las gracias que dispensa y de las promesas que hace.

Esta Iglesia santa, universal, heredera de los primeros Apóstoles y enviados de Jesucristo, á quienes El mismo adoctrinó y constituyó intérpretes de su doctrina para propagarla por el mundo y trasmitirla á todos los siglos y generaciones, gobernada invisiblemente por su divino Fundador y visiblemente por el Obispo de Roma, sucesor de aquel á quien el Señor dejó sus veces, convida á oír su voz y á escuchar sus enseñanzas á todos los que no gozan aún del don de la fe, y confirma y consolida en ésta á los que, habiendo entrado ya en la grey de los verdaderos creyentes, necesitan de esta misma fe para caminar y dirigirse al fin sobrenatural que les está señalado. Testifica, afirma, explica y desenvuelve la divina Revelación, mas sin quitarle ni añadirle una tilde; da de ellas las pruebas que la demuestran, presenta sus garantías y testimoniales, engendra su certeza en el alma y la afirma en fundamentos solidísimos é incontrastables; por manera que el que crea en esta santa Iglesia, cree en Dios como á revelador de las verdades que se ha dignado descubrir á los hombres, y el que la desconoce y descrea, aunque no sea más que en un artículo que le proponga, descrea también ó niega la divina Autoridad y la soberana Revelación.

De aquí es que esta santa Iglesia, rodeada y hermoçada con incomparables prerrogativas y dones divinos, es por sí misma uno de los argumentos y testimonios más evidentes, más seguros y auténticos de la doctrina de que es fiel, y constante guardadora. Su testimonio es tan claro, que á donde quiera que vaya, va dando señas de sí, y por sí misma se declara y manifiesta; su evidencia y autenticidad tan visibles, que en cualesquiera circuns-

tancias ó condiciones que aparezca, todos pueden conocer en ella la obra de Dios, y como señalarla con el dedo; la grandeza y hermosura de los bienes que por todas partes distribuye, son, en fin, tan excelentes, que convidan á que la amen y aprecien y tengan por cierta la verdad de las cosas que enseña y predica. Porque su santidad eminente, su prodigiosa propagación, su fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, su admirable unidad, junta con universalidad y extensión prodigiosas, su constancia, su permanencia y estabilidad desafiando á todas las potestades del infierno, ayudadas de las concupiscencias de que es capaz el depravado corazón del hombre, estas y otras mil prerrogativas admirables hacen de esta santa Iglesia un argumento gravísimo, perdurable é invencible de la verdad de los misterios que propone, y un testimonio irrefragable de su origen y legación divina.

Pío X y el "Emperador... del Catecismo,,

(HISTÓRICO)

I

Trescientos niños en Roma
 Lograr pretenden el premio,
 Que se lo ha de dar el Papa
 A quien lo gane de entre ellos.
 Todos saben la doctrina,
 Que es gran maravilla el verlos,
 Todos contestan humildes,
 Todos responden sin miedo.
 Pero á todos aventaja
 Adolfito... un pequeñuelo.
 Admirados trae á todos
 Por ser tan virtuoso y cuerdo:
 Unos dicen ¡ay, qué listo!
 Otros dicen ¡ay, qué bueno.
 Todos dicen que es Adolfo
 Quien merece el primer premio.

II

Tirado por dos caballos
 Un cochecito ligero,
 De los palacios del Papa
 Ha partido como el viento.
 ¿De quién va en busca?—De Adolfo,
 Del niño que ganó el premio.
 Adolfo monta de un brinco
 Y el coche parte al momento.
 Su madre desde la puerta
 Dice adiós con el pañuelo:
 Él los ojos no la quita,
 Desde el coche sonriendo.
 Cuando pasa por las calles
 Todo el mundo va diciendo:
 «En ese coche va el niño,
 El niño que ganó el premio».
 Corren ligeras las jacas,
 Ligeritas como el viento:
 Ya llegan á los palacios,
 Los palacios de San Pedro.

III

Con las banderas alzadas,
 Con los fusiles enhiestos,
 La Guardia Suiza y los Zuavos
 Del palacio de San Pedro
 A Adolfo presentan armas,
 Cuando pasa por entre ellos;
 Que así lo ha mandado el Papa,
 Porque ganó el primer premio.
 Ya pasó la tropa Adolfo,
 La escalera va subiendo:
 Un Cardenal le conduce
 A donde está Pío décimo.
 Al verle se alegra el Papa,
 El premio le ofrece luego,
 Con efusión lo bendice

Bañándose de consuelo.
 Luego dice al Cardenal:
 «Tratadme bien al pequeño,
 »Enseñadle mis jardines
 »Y con vos almuerce luego:
 »Que así quiero yo premiar
 »A los niños que son buenos,
 »Que saben bien la doctrina
 »Que trajo Cristo del Cielo».
 Con el Cardenal Vicario
 Almorzó Adolfo, el bueno.
 Después se tornó en el coche
 A su casa con el premio,
 A enseñárselo á sus padres
 Que no caben de contento.

Liturgia.

(Continuación).

En la Edad Media la bendición de la Rosa de Oro constituía una ceremonia de las de mayor pompa y esplendor. En aquel tiempo en que el Papa residía aún en el Palacio de Letrán, después de haber bendecido la Rosa, salía de éste á caballo, puesta la mitra, y acompañado de todo el Sacro Colegio dirigíase á la Iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, llevando esta flor simbólica en la mano. Llegado á la Basílica la mostraba al pueblo, pronunciando un discurso sobre los misterios que representa la Rosa por su belleza, color y perfume. Acto continuo se celebraba la Misa, y una vez terminada, el Pontífice salía de la Iglesia para su palacio de Letrán, y montado á caballo y acompañado del mismo séquito, atravesaba la inmensa llanura que separa las dos Basílicas, llevando siempre en su mano la flor misteriosa, cuya vista tanto regocijaba al pueblo romano. Al llegar á los umbrales del palacio, si había algún príncipe en la comitiva, á él le correspondía tener el estribo y ayudar al Pontífice á apearse del caballo, recibiendo después, como recompensa de su filial cortesía, esta Rosa, objeto de tantos honores y regocijo tanto. El agraciado, aunque fuese un Rey, se hincaba de rodillas, según piadosa costumbre, en el acto de recibirla, y besaba los pies al Santo Padre.

En nuestros días, la ceremonia no es tan imponente; sin embargo ha conservado sus principales ritos. El Papa bendice la

Rosa de Oro en la *Sala de los Ornamentos*, la unge con el Santo Crisma y derrama sobre ella un polvo perfumado de almizcle balsámico é incienso y hace la aspersion con el agua bendita, recitando, mientras tanto, las preces que prescribe el Ritual.

Las esencias y bálsamo olorosos, que se depositan en la Rosa de Oro, son en alto grado simbólicos: según nuestro ilustre paisano, nunca bastante alabado por su ciencia y sentimientos católicos, Don Severo Catalina, en su opúsculo *La Rosa de Oro* «con la invisible esencia se representa la gloria de la Resurrección de Jesucristo, que fué de espiritual alegría para todo el mundo, pues con ella terminó el corrompido ambiente de las antiguas culpas, y por todo el universo esparció el suave aroma de la divina gracia. Afirma Moroni que la Rosa de Oro se rocía con esencias, en representación de la fragancia de las virtudes que tan grandemente adornaron á Nuestro Señor Jesucristo durante su permanencia en la tierra».

Concluidas las preces de la unción y depósito del bálsamo, el Papa y su comitiva se dirigen á la Capilla Sixtina, llevando la flor mística entre sus manos. Al llegar á la Capilla se coloca la flor sobre un rosal de oro, dispuesto para ello, celebrándose á continuación la Misa solemne á presencia del Papa, siendo los ornamentos y los de los Cardenales celebrantes de color de rosa, como igualmente el rico tapete de seda bordado de oro que cubre el altar en donde está la bendita Rosa. Terminada la Misa, de nuevo se entrega la Rosa al Papa, que la lleva entre sus manos, dirigiéndose con todo el acompañamiento desde la Capilla á la *Sala de los Ornamentos*.

En cuanto al origen y año en que instituyó la Iglesia la ceremonia de bendecir y ofrecer los Sumos Pontífices la simbólica Rosa de Oro, ni se han aportado datos ciertos, ni tampoco existe conformidad entre los escritores: pues si bien es cierto que algunos autores señalan la fecha de su origen en el Pontificado de Urbano V, no lo es menos que en dicha época ya existía este rito: pues Inocencio III, que ocupó la Santa Sede con bastante anterioridad á Urbano, ya escribió una homilía que toda ella versa sobre esta ceremonia. Refiere también Baronio, que, en el año 1177, el Papa Alejandro III consagró en la Iglesia de San Marcos de Venecia la Rosa de Oro, que ofreció al Dux de dicha ciudad; por consiguiente, esta ceremonia es anterior á los Sumos Pontífices Inocencio y Alejandro, aunque no conste por qué Papa se introdujo en la Iglesia,

Dejemos de nuevo á D. Severo Catalina, que con su bien cortada pluma nos diga sobre el particular su autorizada opinión, leyendo en su citado opúsculo *La Rosa de Oro*, escrito en 1868, con motivo de la que Pío IX regaló en aquel año á Isabel II, lo que sigue:

«La generalidad de los franceses escriben que Urbano V envió

en 1366 una Rosa de Oro á Juana, reina de Sicilia, y que expidió un decreto mandando que los Papas consagren una igual en la misma época del año, esto es, en la Dominica cuarta de Cuaresma; pero un siglo antes, y dos y aun tres, del Papa Urbano V y del cisma de Avignon, hay noticias ciertas de Rosas de Oro bendecidas y ofrecidas por los Pontífices. Por lo demás, en ninguna colección ni cuerpo de decretos aparece ninguno de Urbano V instituyendo para lo sucesivo la ceremonia anual de la bendición y entrega de la Rosa.

»Antes del siglo XII, y tratándose de Pontífices predecesores de Inocencio III, no son, en verdad, muy claros y terminantes los datos que se pueden aducir. Josefo Bona Fides, en sus escritos sobre el Pontificado de Nicolao Magno, consigna la idea de que en el año 1051, con ocasión de premiar servicios eminentes de Luis Ursino, el Papa San León IX concedió á su ilustre familia una Rosa, y dispuso por un decreto especial que todos los años, en la Pascua florida, se bendijese para ella una Rosa, si bien después fué destinada á otros magnates y reyes; pero como aquel historiador apoyara sus noticias en la fe y palabra de un panegirista de la familia de Ursino, y como por otra parte, ni en la vida de San León IX, ni en los documentos de su tiempo se hace mención de la Rosa ni del diploma, lícito es poner en duda la certeza de aquellas aseveraciones, y forzoso el resignarse á no descubrir punto alguno de perfecta claridad en la investigación de que se trata. Dicese por otros eruditos que lo que en el Pontificado de León IX se vislumbra perteneciente á la historia de la Rosa de Oro es la fundación de un insigne monasterio en la ciudad de Benevento, con la cláusula de obligar á las monjas, á cambio de grandes privilegios é inmunidades, á pagar todos los años á la Iglesia romana, ó la Rosa de Oro que ha de bendecir el Pontífice en la Dominica cuarta de Cuaresma, ó bien la cantidad de oro que en la hechura de la Rosa se empleara.

»Pero, aun dando el valor que realmente merece á esta apreciación, que se apoya en la poco decisiva autoridad de un libro de censos que al propósito se cita, bien es de notar que en el reinado de Carlo Magno, y de otros grandes reyes que tanto defendieron los derechos de la Iglesia, y que rodearon el poder de la Santa Sede con el prestigio de su autoridad y con el valeroso amparo de sus armas, no se haga mención alguna de la Rosa bendita como premio á la piedad de los reyes y al heroísmo de los guerreros».

(Continuará).



LA CATEQUESIS EN CUENCA

Ayer tuvo lugar en esta capital uno de esos espectáculos que para la mayor parte pasan desapercibidos, y que tienen, sin embargo, transcendental importancia en la vida religiosa de los pueblos.

Más de *trecientos* niños, procedentes de las Doctrinas de San Juan Berchmans, pasearon procesionalmente la población, dirigidos por sus catequistas, alumnos del Seminario, y por otros celosos Sacerdotes. Salieron alineados de la iglesia de San Antonio Abad, con un estandarte de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, recorriendo las calles de Andrés de Cabrera y Alfonso VIII, y se dirigieron, dando la vuelta por el Palacio Episcopal, al Colegio de San Pablo. En la plazuela les esperaba nuestro Excmo. Sr. Obispo, acompañado de su Sr. Secretario, del familiar, y de los Rectores del Colegio de San Pablo y del Seminario, Director este último de las referidas Doctrinas.

Seis niños de los mayores recibieron la comitiva infantil, llevando en sus hombros la imagen de la Sma. Virgen del Rosario, que volvió á entrar de nuevo en su iglesia, precedida de todos los niños y niñas, los cuales no cesaban de entonar cánticos al Santísimo Corazón de Jesús y á María Inmaculada.

Una vez en la iglesia, se rezaron algunas preces, y acto seguido nuestro Excmo. Prelado habló á los niños con palabras llenas de santa unción y ternura; dióles, tras la bendición episcopal, un regalito á cada uno y volvieron los niños á salir á la plazuela, donde con grande interés y alborozo asistieron á la rifa de dos gallos y un cordero, lo más que el pobre óbolo de los seminaristas pudo proporcionarles.

Todavía hay fe en Israel, podemos decir al contemplar tan tierno espectáculo. Todavía es Cuenca de aquellos pueblos que conservan en medio del mal general, que corroe nuestra sociedad moderna, centellas vivas de la fe que en tiempos mejores anidaba en los corazones españoles. Enseñar el Catecismo, catequizar á los pueblos... este ha sido siempre el timbre máspreciado de gloria para nuestra patria.

Colón pone los pies en la isla de San Salvador y su primera operación es plantar la enseña del Crucificado en aquellas tierras

vírgenes, para hacer que brote en ellas un lozano plantío de adoradores suyos. Lo mismo hacen Francisco Pizarro y sus trece compañeros en la conquista del Perú, y Hernán Cortés en la de Méjico. Alonso de Ojeda uno de los más ilustres hijos que ha tenido Cuenca, y el más travieso soldado que pasó al nuevo mundo, también fué catequista, pues con una imagen de María en la mano, en las pocas palabras que conocía explicó á los indios los misterios de nuestra fe, y les hizo levantar una ermita á aquella celestial Señora. Finalmente, bastará citar al gran Felipe II, sus pragmáticas y sus leyes, para convencernos del espíritu catequizador que las animaba en aquella dichosa edad de oro.

Este espíritu de nuestra raza y de nuestros más ilustres paisanos es el que renace hoy en nosotros.

Queremos volver á la edad de oro. Recientes son los esfuerzos del Sr. Obispo Mazón para implantar las Doctrinas de San Juan Evangelista en esta capital. Nadie ignora lo que el actual Prelado ha hecho en este sentido con la fundación de esta Revista y de nuestras Doctrinas de San Juan Berchmans, convencido como está de aquella verdad, tantas veces repetida por nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, á saber, que «no hay medio mejor para *instaurar todas las cosas en Cristo* que la enseñanza del Catecismo».

Queremos volver á la edad de oro: y si espíritus ignorantes y atrevidos dicen que el siglo XX no es el siglo XVI, nosotros les contestaremos que Cristo nuestro Rey, en todos los siglos debe reinar.

En este siglo, en que se persigue la enseñanza en las escuelas y en el hogar, debemos unirnos todos los católicos para proteger las almas inocentes de los niños. Padres, maestros, sacerdotes, juntémonos todos formando infranqueable barrera en derredor suyo para que no se mancille la inocencia de esas almas puras.

Yo quisiera que cada rasgo que tiro con mi pluma fuera viva centella que se imprimiera en nuestros corazones dormidos. Mirad que os roban el tesoro más hermoso que tenéis, que destrozán en germen las piadosas creencias de vuestra raza. Alerta, pues, trabajemos todos sin descanso; los unos con su concurso y trabajo personal, los otros con su dinero. Estos son los dos factores principales en estas obras de celo. Los regalitos son el nervio de las Doctrinas y muchas perecen por falta de fondos.

No sucederá así con las nuestras. Conocéis ya nuestra obra; conocéis nuestros deseos y entusiasmo; sabéis que entre todas las obras de caridad la enseñanza del Catecismo es la mayor. Ánimo, pues, para que no tengáis ninguno que decir al presentaros ante el tribunal de Dios: *Señor, me disteis dinero, pero nada hice por vuestra gloria y por mi prójimo.*



Noticias generales.

Por falta de espacio nos concretamos hoy á dar las gracias al editor católico de Barcelona, D. Gustavo Gili, por la atención que con nosotros ha tenido al remitirnos la versión castellana del Catecismo de Su Santidad Pío X.

*** El señor Cura párroco de Aguilar de Campos (de la diócesis de León), D. Ceferino Zamora, ha entregado á los herederos de D. Pedro Sanmillán 2.000 pesetas próximamente, que había recibido en el confesonario como materia de restitución.

*** Han empezado en Alcalá de Henares las obras de reparación en el artístico templo de la histórica Magistrat, cuyas obras han sido encomendadas al arquitecto Sr. Cabello.



Santorial.

Día 18, Domingo XXIV después de Pentecostés. Stos. Romás, mr.; Bárulas, niño mr.; Odón, ab.; Santa Saloméa, vg.

Día 19, lunes. Stos. Ponciano, pp. mr.; Fausto, diác. mr.; Sta. Isabel, reina de Hungría.

Día 20, martes. San Felipe de Valois, cf. y fund.; Edmundo, rey mr.; Sta. Sila ó Sela, mr.; Magencia, vg. mr.

Día 21, miércoles. La Presentación de Ntra. Señora. Stos. Ge-

lasio, pp. cf.; Mauro, ob. cf.; Santa Trigidia, ab.

Día 22, jueves. Stos. Filemón, mr.; Pragmacio, ob. cf.; Stas. Cecilia, vg. mr.; Apia, mr.

Día 23, viernes. Stos. Clemente, pp. mr.; Sinisio, mr.; Stas. Lucrecia, vg. mr. de Mérida

Día 24, sábado. Stos. Juan de la Cruz, cf. fund.; Porciano, ab. cf.; Crisógono y Crescencio, mrs.; Santas Flora, María y Fermita, vgs. mártires.